

De cómo hablar francés y viajar a Europa no enseña a ser humano

A ratos siento remordimiento de haber cogido este asunto para hacer literatura. Sin embargo, si lo hubiera presentado escueto, tal como ocurrió, tal vez pasaría desapercibido. De lo que estoy segura es de que si algunas de las personas que intervinieron en él, sobre todo las damas, lo vieran desarrollarse en una cinta cinematográfica tomada en Hollywood, y anunciada al público con títulos llamativos, se conmoverían mucho, y varias veces durante la presentación sacarían su fino pañuelito para enjuagarse los ojos y limpiarse la nariz. Quizá no reconocerían en la pantalla su frío egoísmo.

Una de las señoritas de la distinguida familia Fernández Browder de Cartago, se había casado e iba a pasar su luna de miel a la finca de su marido en Pejiballe. Es decir que la señorita Fernández Browder por virtud de una ceremonia se había transformado en la señora Tal, y la nueva señora Tal necesitaba a todo trance una sirvienta honrada que le hiciera compañía y la ayudara a hacer la limpieza de las cosas finas. Y la honorable matrona, suegra de la nueva señora Tal, se acordó de la muchacha de Mercedes, la mujer que le había servido durante muchos años, muchacha que debía reunir las cualidades que su nueva nuera exigía para tener el privilegio de servirla.

Suegra y nuera contaron enseguida con la hija de Mercedes como un mueble del cual ellas fueran dueñas.

La honorable matrona mandó a llamar en seguida a Mercedes, la cual dejó todos sus quehaceres para acudir presurosa al llamamiento de su antigua ama. Esta le dijo que necesitaba a una de sus muchachas para que se fuera con Lupita a la finca.

Mercedes le dijo:

—Pero doña Fulanita, si yo solo tengo una hija que le puede servir. Nina, que va a cumplir catorce años; las otras dos están muy chiquillas, una de seis y otra de tres.

—Pues me prestás a Nina —replicó la señora en tono que no admitía réplica.

—Sí, es que Nina es mi brazo derecho... Como yo debo estar prendida del horno y de la máquina para ganar con qué mantenernos... Usted sabe que desde que murió mi marido no tengo más amparo que el de mis fuerzas. Y mientras yo estoy en mi oficio, Nina es la que se entiende con las criaturas. Si hasta tuve que sacarla de la escuela a pesar de que era buena para el estudio...

Pero la honorable matrona no quería saber nada más. Mercedes les prestaría a su muchacha, y de algo le serviría lo que ganara allá en la finca —y la dama regó su papada, con majestad sobre el fino cuello de encaje que adornaba su traje.

Mercedes pensó que en efecto no podía decir que no a la honorable matrona a quien había dado lo mejor de sus fuerzas de joven. Creía que le debía gratitud por haberse dejado servir por ella con displicente amabilidad durante cinco años y por la confianza que le había demostrado varias veces, dejándole la llave de la casa para que cada ocho días le abriera las ventanas y le aireara los muebles mientras marido y mujer iban a ver los hijos que estudiaban en Europa o en los Estados Unidos.

* * *

Mucho costó a Mercedes separarse de su hija. Y de verdad que la muchachita era el brazo derecho de su madre. Ella era quien se entendía con la comida y la ropa de sus hermanitos que la adoraban y siempre andaban prendidos de sus faldas. A ella era quien le pedían en la tarde la bebida, ella era quien desvestía a los más pequeños y los acostaba para dormirlos y cuando les aplanchaba la ropa les contaba cuentos.

La víspera de la partida, madre e hija tenían los ojos como tomates. Los niños rodeaban la mesa en donde ambas doblaban la ropa para hacer la maleta de la viajera, y todos estaban calladitos y tristes. La más pequeña se había puesto emporrosa y lloraba sin saber por qué.

¡Qué sacrificio para Mercedes dejar ir a su hija! Nunca la honorable matrona ni su nuera podrían darse cuenta de lo que significaba esa separación. Mercedes sentía que se iba a quedar como esas paredes tambaleantes a las que de pronto quitan el pie de amigo que las sostiene. ¡Qué iban a imaginar aquellas damas lo que esta muchachita suave y menuda significaba en su casa, ni la falta que iba a hacer allí la mirada apacible de sus hermosos ojos a la cual la madre y los niños se acogían en sus apuros, como el viajero a la sombra fresca de un árbol!

Solo porque Mercedes no podía decir que no a la honorable matrona... Si alguien se hubiera puesto a escarbar las razones que sustentaban semejante gratitud, habría encontrado el vacío más absoluto. Mercedes no había hecho más que recibir un sueldo escaso y algunas prendas de vestir que las señoras desechaban, en cambio de sus servicios sin los cuales aquellas no habrían sabido pasarse. Quizá la razón más importante era el sentimiento de inferioridad que la miseria despierta y desarrolla entre la gente pobre.

—Escribime a menudo Nina.

La voz de Mercedes temblaba como una gota de agua que ya va a caer.

Cuando se fueron a acostar, quedó sobre la mesa la maletita envuelta en carpeta negra. La madre se quedó dando las últimas vueltas...

Antes de irse a recoger se acercó a la mesa, puso la cabeza sobre el pequeño bulto negro que contenía los trapitos de su hija y se puso a llorar procurando no hacer el menor ruido.

Otro día todos salieron a la puerta a despedir a Nina. Allí se estuvieron hasta que vieron su figura suave, vestida con un trajecito oscuro doblar la esquina. Ella volvió la cabeza y les hizo un adiós

con la mano. Pepe, el mayor de los niños, iba tras ella con la male-tita negra en la espalda.

* * *

Trascurrieron los días.

Los nuevos esposos pasaban su luna de miel con toda regularidad y Nina procuraba cumplir con su deber: barría y frotaba los pisos, sacudía las chucherías de su ama, limpiaba los zapatos de los cónyuges, ponía y quitaba la mesa y lavaba con jabón especial y agua tibia las medias y la ropa de seda de la señora. Se había ganado a la cocinera ayudándole en sus quehaceres, en cuanto tenía un rato desocupado. En las tardes, cuando había terminado, se iba a ver llover o el paisaje envuelto en sol a través de una ventana apartada. En realidad no iba a ver nada, sino a pensar en su madre y en sus hermanitos mientras las lágrimas manaban de sus ojos. Ni la señora ni su marido se dieron cuenta nunca de la tristeza de aquella muchachita que les servía siempre en silencio y con oportunidad. Solo el mecánico que trabajaba en el aserradero la sorprendió una vez llorando sentadita en una piedra al arrimo de un árbol en el potrero. Sollozaba con desconsuelo y al mecánico le dio mucha lástima.

* * *

Un día el nuevo marido tuvo que ir a Cartago. ¿A qué decir que se despidió con muchos besos y mimos de su mujer? ¿Acaso no estaban para esto en la luna de miel?

En la noche, la señora sintió miedo al acostarse sola en su cuarto. Hizo llamar a Nina.

—Tengo miedo de estar sola, acuéstate aquí conmigo —le ordenó.

La señora se puso a leer una novela, tal vez de Hugo Wast, o de Guido de Verona o de Elinor Glyn o de Pedro Mata. Como estaba tan enfrascada en su lectura, no se fijó dónde y cómo se acomodó Nina. Esta hija de la honorable matrona no estaba acostumbrada a poner atención en la comodidad de las gentes que la servían.

El caso es que Nina se acostó en un rincón, sobre el desnudo y frío piso de mosaico. Como era tímida, no se atrevió a ir a traer un colchón ni nada con qué cobijarse. La pobre heredaba de sus antepasados, toda gente pobre, aquel sentimiento de inferioridad que los hacía colocarse tan abajo y poner tan arriba a los que tienen plata, viven en buena casa, se visten bien y viajan al extranjero.

Lo malo fue que Nina estaba en un momento crítico de su vida: aquel día precisamente era la primera vez que le venían sus reglas. ¿Pero a quién en aquella casa podía confiar la muchachita lo que le ocurría?

Otro día amaneció Nina con calentura; no dijo nada y llevó a cabo sus tareas acostumbradas. En la noche, cuando se iba a acostar, la cocinera notó que Nina no podía despegar las quijadas. Como tenía la cara enrojecida, la mujer le tocó la frente y sintió que estaba ardiendo. Al día siguiente la muchachita no se pudo levantar y seguía con las mandíbulas trabadas. La cocinera fue a avisar a los amos, pero estos no pusieron atención. Nina pasó mala noche, ardiendo siempre en calentura. La cocinera dio cuenta por la mañana a la señora, pero esta vez la encontró recibiendo encantada a su suegra que había venido con dos nietezuelos a ver cómo les iba a los recién casados en su luna de miel. La cocinera acudió en busca del mecánico, quien puso a Nina el termómetro y encontró que tenía 41 grados de temperatura. Otra vez a avisar a la señora. La honorable matrona dio su parecer, mientras su plácida papada se desplegaba con suficiencia bajo su rostro regordete:

—Debe ser influenza. Traer médico de Turrialba cuesta caro. Déle una fricción y un sudorífico.

En la madrugada murió Nina en poder de la cocinera.

Cuando en la mañana lo supo la honorable matrona, corrió azorada en busca de sus nietezuelos que jugaban en el jardín:

—¡Dios mío, Dios mío, eso puede ser una fiebre contagiosa! —y cogió a los niños y se los llevó apresuradamente a la casa. Luego convenció a su hijo y a su nuera de lo peligroso que era permanecer en aquel lugar y todos salieron huyendo como la familia de Lot de

la maldita ciudad de Sodoma. Del portón, la honorable matrona volvió la cabeza hacia atrás, hacia el departamento de los sirvientes en donde estaba el foco de infección que la había horrorizado, pero no se convirtió en estatua de sal, sino que continuó su huida mientras su papada se agitaba con espanto.

Ya lejos, deliberaron en lo que se debía hacer con el cadáver. Convinieron en que mandarlo a la madre a Cartago les saldría muy caro. Entonces optaron por lo más barato, esto es, por un telegrama dirigido a Mercedes concebido en los siguientes términos: "Murió Nina. Véngase primer tren".

Mercedes no supo cómo dejó los chiquillos. En Turrialba nadie pudo darle razón. Solo que la víspera habían visto a don Fulanito tomar el tren con su madre y su esposa y unos niños.

Como no tenía dinero, cogió el camino enloquecida, a pie hacia Pejiballe. Cinco horas de marcha a través de los campos: primero reverberaba el sol; después vino la lluvia. Para Mercedes era lo mismo una cosa que otra. Cuando llegó a la finca, la casa de los amos estaba sola. La cocinera también se había ido. Solamente encontró al mecánico en el aserradero, quien le dijo que en la tarde del día anterior habían enterrado a Nina.

* * *

Si el lector cree que es un cuento producto de mi fantasía, está muy equivocado. A mí me contaron el hecho desnudo y yo lo vestí con unas cuantas frases tomadas del almacén de la literatura. Ocurrió más o menos como yo lo cuento, hará unos dos años. Estoy segura de que ni el mecánico ni la cocinera lo han olvidado, a pesar de que no son personas distinguidas que van y vienen a Europa como Pedro por su casa, ni saben sentarse con desenvoltura en la mesa de un banquete. En cambio, la honorable matrona, su hijo y su nuera lo deben haber relegado al desván de su memoria, sitio a donde ellos mandan los hechos sin importancia.

La honorable matrona con su cabello plateado y su papada majestuosa, lo mismo que sus hijos, sus nueras y yernos, se

consideran a sí mismos muy cultos por cuanto hablan francés con bastante buena pronunciación. Uno o dos de los hijos han obtenido su título de doctor en Leyes en la Universidad de París.

Sin embargo, todo esto ni el buen tono que revelan en el menor de sus gestos, lo cual los hace sentirse tan por encima de la plebe, pudo impedir que se portaran como unos vulgarísimos canallas con la pobre Mercedes.

1935